

JOHN AUBREY

Lytton Strachey

Si le preguntaran a alguien cuando comenzó el mundo moderno, tal vez elegiría como fecha el 15 de julio de 1662. Ese día fue fundada la Sociedad Real, y la ciencia encontró un lugar definitivo y reconocible en la civilización. El sol se había levantado en el horizonte; y no obstante, antes, ya se habían visto rayos de luz en el cielo. El gran año de Newton fue precedido por un curioso crepúsculo —un período de gestación y armado, confuso, apenas consciente de la meta a la que se dirigía. Debería ser llamado, quizás, el año de Hobbes, cuya mente, entre medieval y moderna, era la influencia dominante para los intelectuales que florecieron en los años centrales del siglo. Otro representante típico, aunque menos eminente de esta generación embrionaria fue John Aubrey (1626-1697). Aubrey había sido elegido por el primer Presidente y por el Consejo para ser uno de los miembros fundadores de la Sociedad Real; se manifestaba muy orgulloso de haber recibido tal distinción. Sin embargo, en realidad, el movimiento científico que otorgaba a la Sociedad Real tal distinción no significaba mucho para él. Su mente se movía en un círculo de ideas que envejecían con rapidez, y que, en tanto dure nuestra civilización, no podrán cobrar trascendencia otra vez.

No fue afortunado. Perteneía a la hidalguía rural, tenía posesiones en Brecknockshire, Herefordshire, Wiltshire; se educó en el Trinity College, Oxford; su feliz estudio en la universidad se vio interrumpido por la guerra civil; perdió cada una de sus valiosas posesiones en una serie desafortunada de pleitos. En 1666, nos dijo, «todos mis negocios y asuntos marchaban mal; nada me salía bien»; y esas palabras podían aplicarse a toda su vida. No era que la suerte estuviera en su contra; era por naturaleza una persona confusa pero jovial; en el amor y la literatura, no menos que en los negocios, ocurría siempre lo mismo: «nada salía bien». Ni Madame Jane Codrington, ni «aquella dama incomparable y tan bien dispuesta, Mrs. M. Wiseman, de quien se enamoró a primera vista», le devolvían la sonrisa; y aunque «*domina* Katherina Ryves», quien poseía 2000 libras de dote, era más amable, murió poco antes de casarse. Aubrey buscó distraerse en el exterior, también sin éxito. «En 1664, agosto —señaló— tuve un ataque depresivo y de hemorroides en Orleans». Pero lo que siguió fue peor: «en mala hora, empezó a cortejar a Joan Sumner, mujer cuya crueldad fue más allá de un simple rechazo. Lo hizo arrestar en Chancery Lane y por tres años lo persiguió con distintas demandas. Terminó en la ruina; todas sus amplias posesiones desaparecieron; incluso Easton Piers, la casa de su nacimiento, con sus jardines escalonados, el «*jedea*», el *grotto* y el «Mercurio alado», debieron ser vendidas; hasta tuvo que deshacerse de sus libros. Por 1670 el pobre Aubrey ya lo había perdido todo. Pero entonces, inesperadamente, la felicidad

descendió sobre él. Liberado de las luchas amorosas y legales y la tediosa responsabilidad por sus bienes, se encontró a sí mismo frente a un «dulce *otium*». «No hallé la calma ni la felicidad hasta que se me despojó de todo», escribía. «Padecía un gran dolor; no encontré la dicha hasta que descubrí a la divina Providencia».

La divina Providencia, en el caso de Aubrey, tomó la forma de un círculo de amigos bondadosos, quienes siempre estaban listos para darle casa y comida ya sea en el campo o en la ciudad, a cambio de «su conversación ingeniosa». Solía pasar los inviernos en Londres —a menudo con sir William Petty o sir Christopher Wren—, y luego, cuando llegaba la primavera hacía una serie de visitas a caballo —a lord Thanet en Kent, a los Long en Wiltshire, a Edmund Wylde en Shropshire— hasta que llegaba el otoño y entonces apuntaba la cabeza del caballo de regreso a Londres. Grumpy Anthony Wood había escrito: «es una persona sin iniciativa, nómada, y a veces algo más que enloquecida». Pero sus amigos más generosos pensaban de otra manera: valoraban su la extraordinaria cantidad y deliciosa variedad de su información, y jamás se cansaban de su atractiva manera de presentarla.

 Mi cabeza —decía él mismo— estaba siempre trabajando; nunca inactiva, y aun viajando recogía algunas observaciones que después anotaba en un libro de folio.

Sus indagaciones eran en efecto infatigables; sabía de historia natural, arquitectura gótica, mineralogía, pintura, heráldica; recogía estadísticas, era un astrólogo profundo y había aprendido geometría; escribió un tratado sobre educación; incluso los misterios de la cocina no se le escapaban y compiló «una colección de probadas recetas».

Antes de morir, escribió lo suficiente para completar varios volúmenes; pero en un particular gesto, quiso publicar sólo uno: *Misceláneas*, en el cual aborda brevemente temas tan fascinantes como las «apariciones, profecías, milagros, magia, transporte aéreo, visiones en una bola de cristal, conversaciones con ángeles o espíritus, fuegos fatuos en Gales, miradas de envidia y de amor, videntes de Escocia». Es en este libro, en el capítulo sobre las apariciones, donde se encuentra la frase que tanto complació a Mr. Jonathan Oldbuck de Monkarns: «*Anno 1670*, no lejos de *Cirencester*, ocurrió una aparición; pregunté si se trataba de un espíritu malo o bueno pero no respondió, enseguida desapareció dejando un curioso perfume y un melodioso sonido metálico».

En verdad, el culto Ray se hallaba en lo cierto al decir de su amigo que tenía «una ligera inclinación a creerse los más extraños relatos». Sin embargo, sería un error considerar a Aubrey como un frívolo supersticioso; por el contrario, era alguien mucho más interesante que eso. Su pasión insaciable por toda clase de singularidades tenía su propio sentido; se proponía hacer una catalogación científica de los fenómenos; aun así, había demasiada

confusión en el crepúsculo de su época, y raramente podía distinguir entre realidad y fantasía. Tenía la inteligencia necesaria para comprender el sistema de Newton, pero no la que haría falta para comprender que el horóscopo es un absurdo; y así, para su mente curiosa, parecida a una poblada almoneda, la astronomía y la astrología tenían igual valor. De pronto, cuando la fortuna lo favorecía, podía hacer alguna contribución al conocimiento. Fue el primer arqueólogo inglés, y su logro más notable fue el descubrimiento del hasta entonces desconocido templo druida de Avebury. Alentado por Carlos II, hizo un cuidadoso examen del gran círculo de piedra, y hasta escribió un ensayo sobre él y sobre Stonehenge, refutando la teoría de Inigo Jones, quien, con el fin de probar que este último era romano, había hecho una descripción muy incorrecta. Mientras cabalgaba por las colinas de Wiltshire, durante la caza con halcón junto al coronel Long, tuvo grandes oportunidades para realizar sus investigaciones de anticuario.

Nuestro pasatiempo —escribía— era muy bueno, y en una región muy romántica, con una perspectiva noble y vasta, colinas cubiertas por un gran rebaño de ovejas y un aroma de tomillo y pimpinellas; y no dejan de tener su gracia las morenas pastoras. Pero el vuelo de los halcones fue sólo un paréntesis para el discurso ingenioso del coronel, que era *tam Marti quam Mercurio*, y junto con los halcones y los perros de aguas lo acompañaban las musas.

El campo era muy agradable; pero Londres también tenía demasiados placeres, y las noches de invierno se pasaban rápido con su vino y sus charlas. Porque la compañía era excelente. Junto a él se encontraba Robert Hooke, «inventor de los relojes de péndulo, mucho más útiles que los otros», y una máquina calculadora, y cientos de otros aparatos, —“cree que no serán menos de mil”— y declaró haber anticipado a Newton; y estaba el Dr. Tonge, que había enseñado a los niños a escribir mediante unos grabados de cobre, y les dejó como legado “dos tomos en folio mayor, de alquimia”; y Francis Potter, el primero que practicó las transfusiones de sangre, quien, a las 10 en punto de la mañana del 10 de diciembre de 1625, cuando estaba subiendo la escalera, descubrió “el misterio de la Bestia”¹; y John Pell, el inventor del signo de división en aritmética, quien me ha dicho “que creía haber resuelto algunas preguntas *non sine divino auxilio*”. Y luego el suave rumor retrocedió a los días del pasado, hacia el viejo Oughtred, el maestro de Sir Christopher, quien «enseñaba todo gratis», y era astrólogo, aunque confesó «no saber cómo era posible predecir el futuro mediante las estrellas, pero que así sucedía», y cuya «mujer era una persona mezquina, no le permitía prender una vela después de la cena, con lo cual se han perdido muchas ideas y quedaron muchas cosas sin resolver»; así se retrocedía más lejos, hasta un pasado más remoto y más

¹ El misterio de la Bestia, es decir, el misterio del Anticristo

extravagante, hasta Dr. John Dee, del tiempo de la reina Isabel, «quien vestía una prenda de artista, con mangas colgantes y abierta», hacía láminas de oro «mediante transmutación», y que solía destilar las cáscaras de los huevos.

Aubrey vivió hasta avanzada edad, confuso, preciso, perezoso y activo hasta el final. Su vida, sentía, no era del todo satisfactoria. Era feliz; pero hubiera sido feliz también en algún otro mundo. Lamentaba la desaparición de los monasterios. Hubiera deseado que «los reformistas hubieran sido más moderados en este punto». Era «conveniente que hubiera centros de recepción y atención para hombres contemplativos»; y «¡que placer hubiera sido viajar de un monasterio a otro!» Pero así estaban las cosas, y hacía lo que más se le parecía: viajar por distintas casas de campo. En el verano de 1697, cuando tenía más de setenta años, cabalgaba por Oxford hacia la casa de Lady Long y lo sorprendió una enfermedad repentina; sus viajes se terminaron para siempre.

Entre todos los escritos que dejó era difícil suponer que podía encontrarse algo de real valor. La mayor parte de aquella ciencia antigua ya había caducado en el momento de su muerte. Pero también su mismo apetito por el conocimiento lo había llevado a investigar en un campo poco explorado en aquellos tiempos, y que atrae hoy nuestro mayor interés. Fue un vocacional biógrafo. Un poco para ayudar al ingrato Anthony Wood en su compilación de *Athenae Oxonienses*, pero fundamentalmente por propio placer, Aubrey tenía el hábito de tomar apuntes sobre sus contemporáneos

y de los de generaciones anteriores. Era cuidadoso, tenía un ojo infalible para todo lo que resultaba de interés y poseía —era casi inevitable por aquellos días— un estilo dotado de un talento natural. El resultado es que sus *Biografías breves* —que fueron admirablemente editadas por Mr. Andrew Clark para la Clarendon Press— es visto como de lo más importante del siglo diecisiete acerca de Inglaterra, uno de los libros que mejor se leen. Una biografía debe ser tan extensa como la de Boswell o breve como la de Aubrey. El método de esa enorme y elaborada acumulación que produjo *La vida de Johnson* es excelente, sin dudas; pero también, si no tenemos eso, resulta maravilloso no hacer ninguna consideración a medias, sólo un apunte de lo esencial: una imagen vívida, en una página o dos, sin explicaciones, transiciones, comentarios, o rellenos. Ese es el método de Aubrey, quien, con su vieja y extraña alquimia, le ha otorgado a un puñado de reliquias, una vida dorada.